

II.
Á BELARDO.

Fragmento.

Dices bien, mi Belardo, te confieso
Que con razon me culpas de imprudente,
Y á mi inútil ardor llamas exceso.
Confieso que mi espíritu impaciente,
A tolerar á brutos no enseñado,
Peca en no reprimir su impetu ardiente;
Que es contra la salud tomar cuidado,
Por lo que, aunque te mates, poco ó nada
Puede quedar con ello remediado.

Que á ser mofa del necio condenada
Está la liberal filosofía,
De la moderacion acompañada.

Lo sé, Belardo, mas la poca mia,
Pensando á la pasion ponerle un freno,
Del error y del crimen se ofendia.

Amante de lo bello y de lo bueno,
Aplaudia lo bueno, y de lo malo
Con rostro abominar libre y sereno.

Contra nuestro español Sardanapalo,
Sin temerle ofendido ni iracundo,
Ora blandia su censorio palo,

Ora el infame altar del Dios inmundo,
A quien supo adorar Madrid postrado
Y con silencio respetar profundo.

De cieno mancillar con pecho osado
Supo y quiso, y la adúltera insolente
Su culto con furor vió profanado.

Mas ¿el premio cuál fué de mi imprudente
Musa, Belardo? Cárcel y cadena,
Oidio, persecucion, muerte inminente.

Que aún me parece que á mi oido suena
De mi tímida esposa el amoroso
Triste suspiro, el llanto de la pena,

Que en mitad del silencio tenebroso
De noche insomne sin cesar corriendo
El mio interrumpia y su reposo.

Pero no puedo más, ni nunca entiendo
Que se muestre mi cólera remisa
Al mal que noto y que curar pretendo.

Mal que creciendo con furiosa prisa
Por España en el pecho, excita el mio,
Ora la indignacion, ora la risa.

III.

FRAGMENTO.

.....
Mas ora mi dolor quiere que calle;
Quiérello así la pérdida Corina,
A quien pensé tan sólo dedicalle.

Al eco de otro amante acaso inclina
Más plácida el oido, y por ser mio,
Mi laud y mi cántico abomina;

Y mientras que las ondas de este rio
Con mi llanto acrecimiento, al lado ella
De su amador recorre el bosque umbrío.

¡Cruda, tirana, aborrecible estrella
Que á mi suerte presides! Basta y cede
Al eterno clamor de mi querella;

Que ya mi pecho resistir no puede
A tanto padecer; borra, te ruego,
Que ni aún reliquia de su afecto quede

De mi mente á la infiel; calma este fuego
En que mi corazon apasionado
Arde sin esperanza ni sosiego,

O ábremé el mármol del sepulcro helado,
Y en él mi nombre de infelice suerte
Quede en eterna sombra sepultado.

¡Oh, ten piedad! Concédeme la muerte,
Tú que te aplaces en mi mal, oh cielo,
Si este bien puedo al menos merecerte;

Cubra con poca arena el frio suelo
Mi despojo mortal; déle la tierra
Paz á mi afan, á mi pesar consuelo.

Mire Corina la que á Elicio encierra

Rústica piedra en su feral reposo,
A quien del mundo su impiedad destierra;
En ella fije el rostro desdeñoso
Y diga: «Este me amó, fui su señora;
Prometí hacerle con mi amor dichoso,
Y yace aquí, porque le fui traidora.»

ROMANCES.

I.

ROMANCE MORISCO.

«Escuchadme, castellanos,
Y tú, alcaide, que paseas,
De su defensa cuidadoso,

Las murallas de Antequera;
»Escucha á Celin, si acaso
Es que de Celin te acuerdas,

A quien llaman los moriscos
Mantenedor de sus fiestas;
»El que en el funesto día

Que las lunadas banderas
De las armas de Fernando
Fueron por desdicha presa,

»A pesar de tres heridas,
Sin esperanza y sin fuerzas,
No dudó de solo á solo

Hacerse á ti resistencia.
»A ti, por quien tantas madres
Del Albaicin se lamentan,

Y al oír tu nombre, al seno
A sus maridos estrechan.
»Perdona si baña el llanto

El rostro mio, y no creas
Que puede llorar sin causa
Quien de tu acero no tiembla.

»Pero si en ánimos nobles
Es la osadía cadena
De la amistad, hoy contigo

La mia te recomienda;
»Y enternecido y piadoso,
Al considerar mi pena,

Que te lastimes confío,
Y que mi súplica atiendas.
»Maleca, inclito caudillo,

Mi idolatrada Maleca
Está en tu poder, y ausente
Muero de dolor por ella.

»El título de su esposo
Quiso el cielo darme apenas,
Cuando sonaron en torno

Las castellanas trompetas,
»Y el católico escuadron,
Tremolando sus enseñas,

Cubrió de sombra estos campos
Y de terror á Antequera.
»Perdímosla, y más que todos

Este desdichado en ella,
Pues que Maleca perdida,
¿Qué más que perder le queda?

»Tú solo puedes, tú solo,
Del pesar que me atormenta
Templar la impiedad, y hacer

Que no me mate su ausencia.
»Restitúyemela, alcaide,
Y el Padre comun, que premia

La misericordia, cuide
De remunerarte de ésta.
»Oh, quién para su rescate

Poderoso á darte fuera
Las minas que el rico Idaspea
Y el indico mar rodea!

»Pero todos mis tesoros
En cuatro acémilas bellas
Están para tí, cristiano,

De esta ciudad á las puertas.
»Treinta telas de brocado,

Seis alcatifas de Persia,
Tres purpuradas marlotas,
Recamadas de oro y perlas.

»Doce espadas, que blandidas
Por tu belicosa diestra,
¡Guay del triste que en la lid

Esté de sus filos cerca!
»Cinco potros obedientes
Al alcate y la rienda,

Los más bellos que del Bétis
La orilla pacen amena,
»Ropas de cándida lana

Y paños que labran sedas,
Que afrentan con sus matices
Las de Milan y Florencia.

»Todo es poco, lo sé, alcaide,
Pero mi contraria estrella
Esto y no más me permite

Ofrecerte por Maleca.
»Si esto no es bastante, añade
Mi persona á mis riquezas,

Y de su mano traslada
A mi cuello su cadena.
»O si á dárme la resistes,

Manda que de esas almenas
El más certero dispare
A mi pecho su ballesta.

»Mátame, sí; esto te pido,
Apíadente mis querellas;
Que para sentir desdichas,

¿Qué importa que un triste muera?»
Calla con esto, y el rostro
Inclina lloroso á tierra,

Y espera á que desde el muro
Le dé el alcaide respuesta.
«No temas, le dice éste;

Moro enamorado, alienta;
No pienses que en mi el oido
A la compasion se cierra,

»Ni que tienen los cristianos
Las entrañas tan de piedra,
Que nunca en ellas penetren

Del nímén de amor las flechas.
»Tambien sienten, tambien lloran,
Como los moros sus penas,

Y sufriendolas aprenden
A compadecerse de ellas.
»Para que sepas si es cierto,

Libre te doy á tu prenda;
Conducéla tú, soldado,
Y franqueadle esas puertas.

»Con mi esposa en sus estrados
Recamando está una tela,
Con que mi Alfonso en las armas

Contra Archidona se estrena.
»Esos tesoros, Celin,
Con que rescatalla piensas,

Para tí queden, y nada
Por ser piadoso me ofrezcas.
»Para tí son, nada quiero;

Que los hombres de mi esfera
Pelemos con la espada,
No traficamos con ella.

»Esa es tu esposa, ahí la tienes;
Y pues con llanto la mercas,
En cambio de lo llorado

Bien mereces que te quiera.
»Tómala en ancas y parte,
Partete, Celin, aprieta,

Pues ya el padre de las luces
Está del ocaso cerca.»
Atónito de su dicha,

Lo que el alcaide le ordena
Cumple el moro, y con palabras
Para responder no encuentra.

Por un rato llora y calla;
Al fin, torciendo las riendas
Hácia Conil, pone al bruto

Las aceradas espuelas.
Mas ántes de que se aleje,
«Adios, alcaide, te queda,

Adios, le dice, y él tome

III, Pá. XVIII,

Tu ilustre accion por su cuenta,
»Adios», le repite; y dando
Libertad en la carrera

Al caballo, desaparece
En la cercana floresta.
Dicen que por el camino

La rescatada Maleca,
Al volver Celin la cara,
Quizá con la intencion mesma,

Le imprimió en la boca un beso,
De su amor en recompensa,
Precursor de otros placeres

Que para la noche espera.

II.

ROMANCE ALEGÓRICO.

A la sombra de una encina (1),
En cuyos ramos antiguos
Colgó el frances victorioso

Los trofeos de ocho siglos;
En medio de blancas rosas,
Al lado de un fresco mirto (2)

Solitario y venturoso,
Crecia un cándido lirio (3);
Ora en sus hojas bullia

Suspirando el ceñrillo,
O en su aromático seno
Ora dormia tranquilo.

Y satisfecho y contento
Bajo el tutelar abrigo
De la poderosa encina,

Nunca receló peligros;
Cuando á deshora, sonando
Los vientos embravecidos,

Se cubrió en sombras del claro
Sol el luminoso disco.
Rueda retumbando en torno

El trueno, y al estampido
De sus horrisonos ecos
Tiembla el inmortal Olimpo,

Y abriendo las negras puertas
De su cárcel el abismo;
A sus cavernosos senos

Llama al mortal oprimido.
Eterno Dios, que presides
A los humanos destinos,

¿En qué piensas, que no acorres
A tus inocentes hijos?
Mira cómo gira el rayo

En fogosos remolinos,
Exterminando y sembrando
De ruinas su camino.

Mira caer, al impulso
Del impetu enfurecido,
La encina, la añosa encina,

Honor de los campos mios;
Y mira al pastor, que un día
Sudoroso encontró asilo

Bajo sus ramas, llorando
Su antiguo esplendor perdido.
Yace tambien junto á ella

El ántes hermoso mirto,
Cubriendo el estéril suelo
Con sus ramos esparcidos.

El laurel, honroso premio
De los valientes caudillos,
Agora lo pisa y mira

Con desden el peregrino.
Y tú, amor de estas riberas,
Jóven y gracioso lirio,

Yaces tambien deshojado
Y sin esplendor marchito.
¿Cómo no aplacó la saña

De los hados enemigos
Esa hermosura, que el cielo

(1) El trono frances, ó por extension, Luis XVI.

(2) La reina de Francia.

(3) El Delán.

Partió liberal contigo?
Yo me acuerdo, yo me acuerdo
Cuando en tiempos más tranquilos
Te saludaban las aves
Con sus armónicos trinos,
Cuando al márgen de las aguas
De tu paternal dominio,
Tu blanco pié con respeto
Besó el orgulloso río.
Y, al dorar el sol naciendo
Las cumbres de aquestos riscos,
Te bendecía la tropa
De rústicos pastorcillos.
Y agora viles insectos,
Del polvo que hollabas, hijos,
Profanan tus blancas hojas,
Sin piedad y sin castigo.
¡Oh bella flor, algún día
Placer de los ojos míos,
Y agora ocasion eterna
De mis eternos suspiros!
Admitelos, y con ellos
El llanto que te dedico;
Pues padecer es el tuyo,
Y llorar es mi destino.

III.

Orillas del mar de Alcides
Tendía sus blancas redes,
Pescador con poca dicha,
El anciano Filarete.
Contempla, le dice Amiclas,
Cómo pacífico muere
El cándido sol, oh padre,
En las ondas de occidente.
Al cisne mira ceñido
De cien círculos de nieve
En sus últimos reflejos
Sumir la arqueada frente,
Y dilatando sus alas,
Abrir los senos de Tétis,
Formando purpúreos surcos,
En que apacible se mece.
¡Oh, cómo es dulce el sonido
Que del oloroso ambiente
El soplo forma en los olmos
Que en esas llanuras crecen,
Y cómo el céfiro manso
Bate las alas lucientes
De oro y de nácar, y ondea
Las aún no maduras mieses!
Mira cuán blanca la luna
Tras de la estrella aparece
De la noche, que á su reina
Las sendas abre celestes.
¡Oh cuán bello es, padre mio,
Lo que en su aura nos ofrece
El cielo, y qué afortunado
El que esta fortuna siente!
Es cierto, le dijo el padre;
Espera en su piedad siempre,
Que sólo al que en ella fia
Le es permitido que espere;
Y quiera él que nunca el crimen
De tus años inocentes
Con dolorosa memoria
La serenidad altere.
¡Ay! bien presto, caro Amiclas,
De la orilla de esta fuente
Y de ese enramado bosque
Me despediré por siempre;
Que á otra morada más dulce,
Donde de tu lado ausente
Y libre de afan descansa,
Me está llamando la muerte.
Tú quedarás. No te pido
Sino que de mí te acuerdes,
Hijo mio, y que piadoso
Al desdichado te muestres;
Llora con él y á su llanto

Llanto de lástima ofrece.
Halle en tí consuelo el triste,
Y amparo el que más no tiene;
No desdeñas nunca al pobre,
Ni tus puertas, inclemente,
Al cansado caminante
Que llame á tu asilo cierras;
De tu barquilla contento,
No codicies otros bienes,
Cuya posesion incierta
Tu plácido sueño inquieta.
¡Qué son las perlas del Indo,
Qué la púrpura luciente
Con que el poderoso ciñe
Las atormentadas sienes?
¡O qué importa, amado Amiclas,
Que con cien arados pueble
El rico y tendido espacio
De las llanuras del Bétis?
Todo es sombra. Sombra sólo
Con que la ambicion nos miente,
Y que del afan que cuesta
Nos deja el dolor en trueque.
Quince lustros hace, Amiclas,
Que de estas márgenes huésped,
La red al mar ó la caña
Mi trémula mano tiende,
Y acaso en oscura noche,
Con poco dichosa suerte,
Abrió sus ondas la quilla
De mi quebrantado leme,
Cuando el áfrico iracundo,
Dándole el costado inerme,
Entre sirtes me ofrecía
En fiero mar cierta muerte,
Y orando lloroso al cielo,
Miré en el rosado Oriente
Nacer pacífico el astro
A quien la borrasca cede;
Que nunca cierra el oído
Al llanto del inocente
El Padre comun, aun cuando
Airado con él se muestre.
Dichoso el que en él confia
Y en dulce oscuridad siempre,
Ni de otro, querido Amiclas,
Espera, ni de otro teme.
Nada Amiclas le responde;
Mas aunque mudo, elocuente,
Besa llorando la mano
Que el buen anciano le tiende;
Y asiendo de un remo y otro,
Porque ya el mar se oscurece,
Dirige el pequeño esquife
Hacia su tranquilo albergue.

IV.

Adios, soledad umbria,
Enramado bosque, adios,
Donde fui cuando él queria
Afortunado en amor.
Para siempre adios quedaos,
Que rendida á su pasion,
Flérida á mí me desdeña,
Y prefiere á otro pastor.
A otro pastor que del Turia
Trujo mi suerte á Arlanzon,
Si más rico, no más tierno,
Y ménos fiel que yo soy.
Tiránico amor, ¡es éste
El premio con que contó
Mi bien fundado cariño,
Celos, ausencia y rencor;
Y que léjos de mi patria,
En extranjera region,
Pobre, abandonado y triste,
Busque otro rio, otro alcor,
Otra floresta en que llore
Solitario mi dolor,
Y de mi pastora cuente

A sus ecos la traicion?
Tomad, ninfas de Castilla,
Esta es la que me ciñó
Corona de mirto y rosas,
De este umbrroso bosque el dios,
Cuando mi cítara pudo
Triunfar con plácido són
En armónico certámen
Del edetano cantor,
Acordaos por lo ménos
Del misero Coridon,
Ya que la infiel no se acuerde
De mi amor y de su amor.
Decidle que no le pido,
En el estado en que estoy,
Sino es un suspiro, ó una
Triste memoria sinó.
¡No respondeis? ¡Ay de mí
Nadie muestra compasion
De mi llanto, ó se lastima
De un desdeñado pastor.
Pues no, crúel, no confies
Que dado que á morir voy,
No tome de tu inconstancia
Mi ofensa satisfaccion;
Que pálida sombra, cuando
Extienda con frio horror
Su manto la noche y abra
Sus ondas el mar al sol,
Apareceros prometó
En este bosque á los dos,
Y á tí y tu pastor pediros
La cuenta de mi dolor.

V.

Tened cuidado, os intimo,
Pastorcillas de este bosque,
Cuando en su recinto opaco
El sueño por dicha os tome.
No há muchos dias que á sombra
De este proceroso alorce
Me quedé dormida, léjos
De mi alcor y mis pastores,
Y soñé, atendida, que amor,
Niño en la apariencia y pobre,
Desnuda en el frio suelo
La cándida planta pone.
Que con pié tardío y laso
Se encamina hácia mí, en donde
Entre amaranto y cantueso
Las fuentes nacen del Tórmes.
«No á mí te acerques, le dije;
Que no es á mi edad conforme
Que en esta floresta, y sola,
Tu mano á mi pecho toque.
Huye de mí, que no quiero,
Cuando todos te conocen
Por traidor en nuestra aldea,
Que en mí confirmes el mote.
—Mira, me responde el niño,
Bañado su rostro entónces
De llanto, cuánto es mi estado
A tu temor desconforme.
Mirame, pastora, ciego,
Mira mis alas, que torpes
Baten apénas, mojadas
Del rotío de la noche.
¡Ay, triste de mí que errante,
De este enmarañado bosque
No pienso salir, si tú
Por piedad no me socorres;
Ten lástima, pastorcilla,
No á mi lamento de bronce
Te muestres; así de Elicio
Nunca separada llores.»
Compadecida me acerco,
El se acerca, ¡ay Dios! y asíome
De la mano; tras mis plantas
A caminar se dispone,
Mas no bien la tocó, siento

No sé qué ardor, que me corre
Al corazon, y que el rostro,
Aunque á mi pesar, no esconde,
Quise huir; mas ¡ay cuitada!
Que de uno de sus arpones
La punta el traidor al pecho
Para impedirlo me pone.
«¡Es éste, pérfido, el premio,
Es éste, le dije entónces,
Que darle tú á mi piadosa
Credulidad te propones?»
Esto decia y queria,
Aunque con fuerzas menores,
Desasirme dél luchando;
Mas ¡quién hay que amor no postre?
Dígallo yo, que rendida
Caí de ese tronco informe
Al rústico pié, en la alfombra
Que una y otra flor compone.
Y cuando desperté, ¡ay triste!
No sé bien cómo ó por dónde,
Me hallé en los brazos de Elicio,
Enamorada y de noche.

VI (1).

En noche nublada y triste,
Al pié Zoraide de un árbol,
Que en sus tendidas llanuras
Las ondas lamen del Darro;
Roto el animoso pecho,
El escudo acicalado
Roto en la pradera, y roto
En su noble frente el casco;
Con su amor á un tiempo mismo
Y con la muerte luchando

VII.

La tierna pastora mia,
Una tarde del estío,
Sentada á la fresca sombra
De este bienhechor aliso,
Dándole en el rostro un beso
A su blanco corderillo,
Beso que no son más dulces
Los de la deidad de Cipro,
«Mira bien cómo te quiero,
Aunque tú á mí no, le dijo,
Cordero mio, y estima
Ese beso á mi cariño;
Que si por dicha supiera
El pastor por quien suspiro,
Que más que no á tí querría
Dárselo mi amor á él mismo,
No hay duda que su contento
Fuera comparable al mio,
Si me adora como dice
Y no es mentidor Elicio.
— No miente Elicio, le dije,
Saliendo del bosque umbrío,
Donde mi amor me tenía
Acechándola escondido.
Dámelo, pues, y daréte
En trueque dél tantos míos,
Que el que me los cuente, cuente
Las arenas de este rio.
Mas no pienses que es él solo
El bien único á que aspiro....
Por no ofenderte, á la sombra
De la soledad y el sitio,
Soy tan tímido, que un beso,
Y no otra cosa, te pido.»

(1) No se ha encontrado más que el presente fragmento. Lástima, en verdad, porque este principio de romance tiene la gallarda entonacion de Góngora. (Nota del Colector.)

CÁNTICOS SAGRADOS.

I.

Á CRISTO CRUCIFICADO.

1.^a

Al pié del leño de que pende
El moribundo Redentor,
Pues que mi llanto no le ofende,
El llanto muestre mi dolor.
La sangre del, que baja al suelo,
Bañe la frente á su ofensor;
Sienta una parte de su duelo,
Ame á quien muere por su amor.

CORO.

*Contéplale espirando,
Miserio pecador;
Al ménos tu dolor
Muestra llorando.*

2.^a

¿Quién fué el críel que de tu frente
Pudo la nieve mancillar?
¿Quién de ese círculo inclemente
Tu sien hermosa coronar?
¿Cómo se quiso tu paciencia
A los tiranos humillar?
¿Cómo no pudo tu inocencia
Su alma de mármol apiadar?

CORO.

Contéplale, etc.

3.^a

Profunda herida tu costado
De fiera lanza quiso abrir,
Que al corazón atormentado
Pueda más penas añadir.
Corre de sangre un largo río,
Que abrevia el curso á su vivir.
¡Y de dolor, oh padre mio,
Correr la miro, sin morir!

CORO.

Contéplale, etc.

4.^a

El Hombre-Dios al pueblo implora
Con qué aplacar su sed críel,
Y con clemencia burladora
Le ofrece el fiero absinto y hiel.
Bebe, Señor, mi triste llanto,
Tu sed aplaca sólo en él;
Que le produce mi quebranto
Y te le ofrece una alma fiel.

CORO.

Contéplale, etc.

5.^a

La frente inclina, y esto anuncia
Que ya está próximo á espirar,
Y el solo acento que pronuncia
Su dulce boca, es perdonar.
Inmenso Dios, Jesús clemente,
Dame de lágrimas un mar,
Y un corazón que eternamente
Al tuyo amante sepa amar.

CORO.

Contéplale, etc.

6.^a

Señor, á quien el cielo adora,
Mira piadoso mi aflicción;
Sólo por tí mi culpa llora,
Ten de mi culpa compasión.
No mis delitos recordando,
Consumes tú mi perdición;

Que cuando un Dios fallece amando,
Día es de amor y de perdón.

CORO.

Contéplale, etc.

II.

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

1.^a

Puro y cándido lucero,
Claro lirio, intacta rosa,
A mis ojos más hermosa
Que las palmas del Cedron;
Ese rostro de clemencia
Vuelve á mí, dulce Pastora,
Y con súplicas implora
En el cielo mi perdón.

2.^a

De ese Infante considera
Los afectos cariñosos,
Que con ojos amorosos
Se complace en tu beldad;
Que parece que con ellos
Te enamora y dice, pide;
Pide, pues, y el ruego mide
Con la mia y tu piedad.

3.^a

De tiniebla borrascosa
Se me cubre el claro día;
Tú, piadosa, ¡oh María!
Dale oído á mi clamor.
No afligido me abandones
Cuando el alma desfallece;
Muestra ¡oh madre! que merece
Este título tu amor.

4.^a

Con la sangre del cordero
Tu rebaño está teñido;
En tu aprisco recogido,
¿Quién le puede amedrentar?
Brame fiera en torno mio
La maléfica serpiente,
Que tú sabes de su frente
El orgullo quebrantar.

5.^a

Cuando airado con nosotros
Arme el brazo en nuestra ofensa,
Tú, María, la defensa
Toma, y calma su furor.
Tú le muestra el blanco seno,
Y le acuerda que eres madre,
Que es tu hijo y nuestro padre,
Tú pastora y el pastor.

6.^a

De ternísimos afectos
Siento llena el alma mia,
Y en tí sola, en tí, María,
Puedo y quiero confiar.
Que bien juzgo que eres mi abono
Tú benéfica intercedes,
Cuando lágrimas concedes
A mis ojos que llorar.

ODAS.

I.

¡Tierra, mar, cielo santo,
A quien las voces del placer envío,
Si antes lúgubre canto
Y voz de muerte resonaba en torno

Y tu idea perdida,
¿A quién no fué la luz aborrecida?

III.

¿Y quién no sintió el fuego
Que amor derrama al pecho del poeta,
Si no pisó la planta de la muerte
La dulce rosa de su edad primera?
Dé amor la sacra mano
Guió la pluma del suave Gésner,
Y Albano y Rafael bañaron juntos
El pincel sacrosanto
En la copa de amor.... ¿Y qué no haría
Aquel que llena mar y cielo y tierra?
Así el pastor del Ida
Por su impulso tiñó la fugaz flecha
En la sangre del hijo de Peleo,
Y el polvo teucro amancilló su frente.
Así la horrible Parca
Cubrió con negras alas á Patroclo,
Victima de los dones
Que Cípris hizo al hijo de Priámo.
Así el veloz caballo
Del carro de Felops corrió á la meta,
Por el azote del amor herido,
Cual rayo asolador rompe la nube;
Y así naturalizado
Apareció á la voz de su precepto.
El dió á los frios peces
Poder engendrador; él á las aves
Extendió con su mano el blando lecho;
El domó la cerviz del críel tigre
Al suave deseo de ser padre;
El hermanó los átomos dispersos
En el inmenso espacio, y de natura
El sacro ramo le bañó en rocío,
Rocío productor. En fin, al hombre
Le dijo: «Ama por siempre,
Y tú serás feliz.» Y á su precepto
El hombre respondió: «¿Y será cierto?
¿Y yo seré feliz si amo por siempre?
Pues por siempre amaré.» ¡Salve mil veces!
¡Sacrosanto precepto, que me acuerdas
El placer de existir! Y tú, mi amada,
Sometida al amor, si el tiempo amigo
O el dios de mi ventura lo permite,
Versos harás cual safo enamorada.

IV.

En elogio del lord Wellington, despues de la batalla de Tolosa.

Sic itur ad astra.

HORAT.

Presta, oh ilustre capitán, tu oído
A esta que ebúrnea entre mis manos suena,
Con trastes de oro, castellana lira,
Y al bélico sonido
Con que los antros de Tolosa atruena,
El britano cañon sus ecos une,
Que amor de patria y libertad inspira.
Pára el blanco bridon. Breves instantes
Su curso detendré y á la fortuna
De tus triunfantes armas. No adelantes
El paso, espera. Ten, detén las riendas,
Y ántes que el sol en su luciente cuna
Derrame el día, que al acento mio,
Caudillo heróico, con piedad atiendas
Te pido; escucha. A mi amistad consiente
Que estas del Pindo inmarcesibles rosas
Entreteja al laurel que orna tu frente.
Tú, de Francia terror; tú, belicoso
Libertador del oprimido mundo,
Que del Corso ambicioso
A los feroces piés desde el profundo
Seno de Atlante á la alemana Tétis,
El férreo cetro con dolor sufría;
En fin, mírale roto; mira el llano
Por el inclito acero que en tu mano

Blande la muerte, de reliquias tristes
Sembrado en torno; la corriente fria
Mira del Ebro, y sus cruentas olas
Correr tardías, de crinados cascos
Al espantoso cúmulo impedido
Su raudo curso, y de estandartes rotos,
Mira el campo frances nadar teñido
En su caliente sangre;
Su hueste amedrentada
Mírala huir de tu animosa espada,
Buscando asilo contra tí del bosque
En el profundo horror; llamar la sombra
Que tenebrosa en torno se dilate,
Y de tu furia el último rescate
Resto de sus escuadras. Por la alfombra
Que á sus medrosos piés le tiende el prado,
El tesoro esparcir que ornato pio
Fué del altar ó de mitradas frentes;
Ansioso, apresurado,
Las altas escalar cimas umbrías
Del Pirene; y en ellas aun mal cierto
De que el opaco tenebror retarde
El triste fin que merecidc llora,
Del miedo al núnmen implorar, que oculte
Noche inmortal á la futura aurora.
Y quién pudiera á su laud canoro
El impetu enfrenar, y en triunfo tanto,
Plácido no pulsar sus cuerdas de oro,
O enmudecer al canto
Que en torno esparce de la libre patria
El musical concerto?
Tú por ella lidiaste; deja en ella
Que suene tu loor. Que si las aras
Donde de la piedad el sacro acento
Al comun padre en tímida querella
Su dolor ofrecia,
Cesa de mancillar con burla impía
El tirano frances; si el mármol frio
No abre su impura mano en que la muerte
Las últimas esconde
Tristes reliquias del mortal, y al aire
Las esparce sañudo;
Si el eco no responde,
Y sólo el eco al arador que mudo
Desde la alta colina
Mira y lloroso de abatidas moles
O de solada miés la amplia ruína;
Si de las rotas haces esparcidos
No mira en torno de truncados cuellos
Cúmulo horrible; si las rojas cruces
De Alfonsos y Fernandos
No arrastra ya por el cruento lodo,
Y si á Castilla, en fin, mira en Castilla,
De tí, noble adalid, es obra todo.
Obra es de tí, si al moribundo infante
Su sangre el seno maternal no ofrece
Por único alimento;
A tí es deudor, si el astro de la noche
Llorando amor en tálamo no puro
No le cuenta su oprobio, y del tormento
Que le oprime fallece;
Por tí la Erinne, que del reino oscuro
De las sombras salida, entre nosotros
Su trono puso, desde el almo Bétis
Retorna al patrio Sena.
Por tí tan sólo en su piedad el cielo
Con fraternal cadena
Nos torna á unir; por tí siente consuelo
El comun llanto, y si contenta y libre
La pastorcilla mia
Dulce su amor en la floresta umbría
Remite al canto, y con felice trueco
Plácido y libre le responde el eco.
Osa ¡caudillo ilustre! osa y confía
Del núnmen que te apresta
Muchas otras en ésta,
Que ora te ciñe militar corona
A la cándida sien. La que el tirano
A su frente rodea, el trono impio
En que se sienta, anonadar tu mano
Puede, y lo hará; que la celeste llama
Miro encender, y de Aquilon escucho

El ofendido rey que á la lid llama
Al escuadron que fiero
Al franco usurpador cercando en torno
De círculos de acero,
Muerte ó afrenta á su espantada ofrece
Vista feroz por uno y otro lado.
Sús, ¡á qué esperas? La fortuna asiste
Tus armas; ¡quién resiste,
Quién al ardor y al impetu iracundos
Del indomado astur; del que en Bardulia
Los llanos de Arlanzon ara fecundos;
Del que del Darro en la olorosa orilla
Respira, ó del Oróspeda en las cumbres
Mora pastor de blanca manadilla,
O con las quinas purpuradas barre
De Luso el sacro mar, si tú, caudillo
De ellos, furor á su furor añades,
¡Tú, que de pueblos tres te aclamas héroe!
No, no lo dudo. Del tirano toca
La audacia al fin, sin fruto resistillo
Quiere; que el cielo á su impiedad apoca
Los rápidos instantes.
Acaso ora es ludibrio el que fué ántes
De las ninfas del Moskua asombro y miedo
Trilistado pendon. A tí tan solo
Espera el mundo. A tí, Fernando, espera,
Desde que en su prision esparce Apolo
Sus benéficas lumbres, é ilumina
Del que le ciñe tenebroso muro
El mármol frio, y dolorido inclina
A los últimos cercos de Occidente,
Donde le llama nuestro amor, la triste
Descoronada frente,
Que fortuna siniestra
Se ocupa en oprimir, y fija el rostro
Llorando en tí y el preso pié te muestra.
Paréceme que siento,
Al decir esto, del furor celeste
La mente enardecida.
Oid, los que lidiais, héroes ilustres,
Por la patria ofendida
Y el oprimido rey; preste á mi acento
Castilla fe, y á la pelea apreste
Los acerados filos. En el cielo
Está de la alta omnipotente mano
Escrito el fallo de la causa impía
Contra quien se arma el mundo.
Acelera el paso; á la osadía
La fama es compañera.
Suene la trompa que al frances anuncie
Muerte y terror. Que en su encendida esfera,
Antes que en noche occidental espire
El sol, á París busque,
Y soledad no más y escombros mire.
Id, pues; marchad. Abierto
El camino teneis, el triunfo es cierto.
Que si el laud que en cántico sonoro
Al certámen os llama,
Puede entre el inmortal cándido coro
De cisnes alternar que el Bétis cria
O el mantüano río,
No lo dudeis, os cantaré; y que España
Le aplauda espero, y que le inspire Clío.

V.

La invasion francesa (1823).

A las armas, no hay medio; del tirano
Que á Francia oprime y que su trono afrenta,
No ois cuál ruge en la traidora mano
La bárbara cadena con que el cuello
De la indomable España atar intenta?
No ois tronar con eco repetido
El duro bronce, y la arborosa frente
Undular no mirais del Pireneo
De marcial trompa al bélico sonido?
Un estruendoso, un rápido torrente
De armas y armados desde su alta cumbre
No mirais descender hácia los llanos,
Hácia los llanos que en su ameno curso

El Ebro undoso á fecundar camina,
Amenazando á nuestra cara patria
Llanto y desolacion, muerte y ruína?
Pues ¡qué esperais, indómicos iberos?
Brille el pendon del castellano Marte
A las lumbres del sol, y los aceros
Que en San Marcial de sangre aborrecida
Bañasteis animosos.
Las sombras contemplad, que coronadas
De las palmas del triunfo en nuestros campos,
Sacan de sus sepulcros tenebrosos
La noble frente, y libertad os claman;
Y sus pechos mostrando,
Por ella rotos, pero no rendidos,
Incitándoos están á la pelea,
Y en vuestro amparo al sacrosanto llaman
Núnmen de Maraton y de Platea.
A su acento, miradle, corta el éter
Con alas de oro, de bronceino cerco
La sien corona, el asta luminosa
Blande terrible, y de esplendor inmenso
Llena la tenebrosa
Tierra, como brillar tras noche umbría
En el radioso Oriente
Se mira al astro creador del dia.
El os llama á la lid, él de la espada
Os arma de Milciades, y quiere
Que en torrentes de sangre desatada,
Arda fulminea en españolas manos
Cual funesto cometa,
Nacido sólo á amedrentar tiranos.
«Por esta senda, os dice, se camina
A la inmortalidad; senda es de sangre,
Pero senda es de honor, de donde el héroe
Nunca el paso declina. Y ¡cuál más fértil,
Cuál más fecundo en héroes cria el cielo
Que el hispánico suelo?
¡Patria del Cid y patria de Padilla!
¡Oh tú, inclita Castilla!
Aun en tus montes, respirando el aura
De dulce libertad, nace el soldado
Con pecho denodado
A contrastar lidiando á la fortuna;
Aun su dichosa cuna
Sombra de triunfos plácida rodea,
Aun el hórrido són de la batalla
A su oido impertérrito recrea;
Al eco de la trompa se adormece,
Y entre franceses huesos
La libre madre sin temor le mece.
Ea, pues, al combate; siempre al lado
Me tendréis, confiad, de acero y saña
Y de furor armado.
El estandarte de la libre España
Sea terror al mundo; el sacro nombre
De libertad con sonoro estruendo
Del pérfido Luis en la áurea estancia
Haced que suene horrendo,
Oigalo y tiemble en sus orillas Francia,
Oigalo y tiemble, que del núnmen mio
Los animosos pechos inflamados,
A vuestras armas de mi culto fio
Que la gloria extendais. Apresurados
Corred, héroes de Hesperia;
Corred, y el eco horrisono retumbe
De patria y libertad la ártica Tétis,
Del alto Calpe al áspero Rifeo,
Del mar de Trixco al turdetano Bétis.
Que en vano contra España tiende al aire
Las abatidas lises
El tirano frances; en vano llama
Huestes de mercenarios asesinos,
Que en nuestra ofensa con su acento inflama.
Lleguen, que los caminos
Abiertos les están por donde entraron
Sus padres, y las tumbas que ocuparon.
Lleguen, que armado de inclita osadía,
Del Ter ocupa la undulante arena,
Blandiendo en alto el triunfador acero,
Mina, terror del Sena,
Y Abisbal y Morillo y Ballestero,
Que aun no marchito á la sublime frente

Ciñen el patrio lauro
De las francesas lides, y su fuerte
Brazo es aún ministro de la muerte.
Sús, españoles, al combate; el canto
De la lid entonad; canto que infunde
De los tiranos al oido espanto,
Cuando rápido al aura se difunde.
Por mí lidiais, en pos de mí y á sombra
Del estandarte de la patria. Sangre
Cubra los campos de purpúrea alfombra,
Sangre francesa; y de uno y otro rio
Corran triunfantes las cruentas olas
De la hispana Anfítrite al seno frio.
Las cimas escalad, las altas cimas
Del helado Pirene,
Y el bisoño soldado en nombre mio
Su ánimo en ellas y su acero estrene.
¡A qué esperais? Mirad cómo en tumulto
Pisa vuestro confin el bando impio.
No es español quien el traidor insulto
No sale á resistir. Héroe, seguidme;
Encuentre á nuestras manos su ruína
Esa vil muchedumbre.
La patria os llama, el cielo os patrocina;
No receleis, abierto
El camino teneis, el triunfo es cierto.»

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

Diálogo.

JUAN.—REBECA.—ADONÍAS.

JUAN.

Noche serena, en verdad.

REBECA.

La luna, que blanca brilla
En esta arenosa orilla,
Destierra su oscuridad;
Que como en la sombra fria
Tiene el mando y presidencia,
Suple con su luz la ausencia
Del astro padre del dia.

JUAN.

Dices bien, que en los amenos
Prados del fértil Jordan
Sus claras luces están,
Sin echar al sol de ménos,
Las cimas iluminando
De este bosque deleitoso,
Que el rio en su curso undoso
Pasa alegre retratando.
¡Cómo refleja el lucero
En sus ondas! Las estrellas
Resplandecientes y bellas,
¡Cómo brillan! Que si infero
Del no comun esplendor
Que en el puro cielo ostentan,
Su fin, á su modo intentan
Celebrar á su Señor.

REBECA.

Es cierto, que como dijo
Nuestro pastor Adonías,
Ya están cumplidos los dias
En que el Dios Jesus, el Hijo
Del Créador soberano
Venga, resuelto á morir,
Con su sangre á redimir
Al triste género humano;
Y á su dulcísimo nombre
Tiemble Lucifer y mate
La muerte, y así rescate
De su esclavitud al hombre;